

UN CHILE EN PAZ PARA EL SIGLO XXI

CAROLINA GOIC

Magíster en Economía de Pontificia Universidad Católica de Chile.

Investigadora Asociada, Centro de Políticas Públicas UC, Pontificia Universidad Católica de Chile.

Exsenadora de la República.

Esta publicación se cierra cuando ya hemos conmemorado en Chile los 50 años del golpe cívico militar, una fecha que generó muchas expectativas como un hito relevante en la historia política y social de nuestro país. Como voy a desarrollar en los siguientes párrafos, ha sido una fecha que nos remece a todos y todas en lo personal, que nos confronta como ciudadanos a nuestros desafíos como país, a mirar el pasado para recoger las lecciones que nos proyectan a un mejor futuro y al cuidado y resguardo siempre, y en toda circunstancia, de nuestra democracia. Pero también fue una fecha que no estuvo exenta de duras polémicas, que revivió heridas del pasado y que, por supuesto, estuvo teñida de nuestras experiencias personales en los últimos 50 años. Es inevitable, por tanto, recordar nuestra propia vivencia del Golpe de Estado de 1973. En mi caso, tenía menos de un año. Sin embargo, desde muy niña siempre fui muy consciente del momento histórico que cambió para siempre el rumbo de nuestro país y significó un quiebre dramático en nuestra tradición republicana y en la vida de miles de compatriotas.

Mi padre, Pedro Goic Karmelic, fue un destacado militante de la Democracia Cristiana y, por lo tanto, la política siempre fue un tema en nuestro hogar. Como muchos de mi generación, tengo en la retina las imágenes del bombardeo sobre La Moneda. No recuerdo bien cuándo ni dónde fue la primera vez que las vi, pero siempre me causaron una profunda impresión.

Al ir creciendo, fui entendiendo qué era lo que había sucedido y también comencé a tomar conciencia de que vivíamos en una dictadura, con todo lo que implicaba en términos de las restricciones a la libertad, los exiliados y las atroces violaciones a los Derechos Humanos a manos de agentes del Estado. Como toda mi familia, fui contraria al régimen de

Pinochet y, si bien no alcancé a votar en el plebiscito de 1988, participé de muchas actividades de campaña de la opción No y celebré cuando obtuvimos la victoria que nos abrió las puertas para recuperar la Democracia por la vía pacífica.

Las Causas del Golpe

Habiendo ya concluido las actividades oficiales por la conmemoración de los 50 años del Golpe de Estado, creo que, pese a todo lo dicho y escrito, todavía no es posible encontrar una explicación consensuada de las causas que desembocaron en el quiebre violento de nuestra Democracia. Peor aún, a medio siglo de ocurrido este hecho, parecen haberse reavivado los odios de los sectores políticos extremos, arrastrando a toda la sociedad y a las nuevas generaciones en su disputa.

A estas alturas, creo que resulta altamente inoficioso preguntarse o tratar de responder si el Golpe era o no evitable. La historia nos demuestra que los procesos responden a su tiempo y circunstancias, por lo que tratar de hacer planteamientos taxativos sobre temas donde entran en juego tantas variables sólo puede responder a nuestros deseos o creencias. Distinto es decir si era *aquél* el desenlace que hubiéramos querido los demócratas, donde existe una sola respuesta: claro que no. Lo que sí podemos hacer es revisar el contexto en que se produce el Golpe y, desde ahí, tratar de encontrar respuestas.

Si bien este hecho se da a nivel mundial en medio de la denominada Guerra Fría, esto no puede explicar por sí solo lo ocurrido. Con toda la información de la que hoy disponemos, nadie podría negar que hubo apoyo del gobierno de Estados Unidos a los opositores del presidente Salvador Allende; pero, de ahí a considerar este solo factor como el detonante del quiebre institucional sería no solo simplista, sino que también implicaría desconocer los factores internos que influyeron en la crispación política que existía en la sociedad chilena de la época.

Tras el fin del gobierno del presidente Eduardo Frei Montalva, que había llevado adelante procesos tan significativos como la Reforma Agraria y la Chilenización del Cobre —que le habían significado la condena de amplios sectores de la derecha—, Salvador Allende llegó al poder en su cuarto intento, con la promesa de su revolución «con empanada y vino tinto»,

tras derrotar a Jorge Alessandri (por la derecha) y Radomiro Tomić (Democracia Cristiana). Sin embargo, la campaña presidencial había sido tan dura y enconada, que inevitablemente la sociedad chilena había quedado muy dividida.

Efectivamente, como muchos habían pensado, el clima político y social del país se fue crispando a medida que avanzaba el gobierno del presidente Allende, en parte a odiosidades motivadas por una sobre ideologización y también porque la situación económica no era buena. La amenaza cada vez más explícita de una guerra civil era esgrimida tanto por partidarios de la Unidad Popular (UP) como por sectores de la derecha bajo distintos argumentos, pero con el mismo efecto atemorizante sobre la población.

Los medios de comunicación de la época se hicieron eco de los sectores enfrentados y azuzaron el clima de beligerancia que se estaba instalando en Chile, donde la intolerancia y el odio ya parecían irrefrenables. No es un misterio que la amenaza de un golpe de estado rondaba el ambiente desde mucho antes de que efectivamente ocurriera, pero nadie esperaba que finalmente ocurriera con la brutalidad que efectivamente tuvo.

El Futuro de Chile

Si bien la Democracia Cristiana fue opositora al gobierno de Allende por diferencias políticas profundas, catalogar al partido de «golpista» me parece no solo injusto, sino también una excusa para desconocer las responsabilidades que tuvieron los propios partidarios de la UP en acentuar las contradicciones que llevaron a tan lamentable desenlace. Tal como sostuve al comienzo, creo que nadie hoy podría asegurar que el quiebre institucional era o no evitable, pero claramente los esfuerzos no fueron suficientes. Lo que sí podemos afirmar sin matices es la rápida acción para condenar las violaciones a los derechos humanos y los esfuerzos por defender a las personas perseguidas políticamente, así como la articulación para recuperar la democracia.

Con evidencia de sobra, reitero que no puede haber matices en calificar la dictadura de Pinochet como una de carácter criminal donde se cometieron todo tipo de violaciones contra los derechos humanos, violaciones que son inaceptables y merecen toda nuestra condena, donde acciones, como el anunciado Plan Nacional de Búsqueda por parte del

Gobierno del Presidente Gabriel Boric, se valoran especialmente y deben contar con un apoyo transversal.

A 50 años del hecho más traumático de nuestra historia republicana, la pregunta que debe ocuparnos es si hemos aprendido las lecciones de la historia. Un «Nunca Más» es la premisa básica de cualquier reflexión, pero también debemos velar por el tipo de país que queremos heredar a nuestros hijos e hijas; uno donde las diferencias se diriman con el diálogo y la empatía, o uno donde el odio y la cancelación reemplacen a los argumentos.

Para el presente veo con preocupación que los debates que deben ocuparnos no están teniendo ni la importancia ni la generosidad que merecen desde la clase política. Esta está enfrascada en luchas ideológicas que poco importan a la gente que clama por mejoras en la salud, aumento de pensiones, por más seguridad en las calles y por una educación que le permita un mejor futuro a sus hijas e hijos.

Yo sueño con un Chile de verdad reconciliado con su pasado y comprometido con su porvenir. El mundo que conocimos hace 50 años es muy distinto del actual y seguramente lo será aún más con el que nos espera en el futuro. La pregunta entonces es si estaremos a la altura de los desafíos o seguiremos en nuestras trincheras defendiendo pequeñas cuotas de poder que solo nos condenarán al estancamiento y la irrelevancia.

«Se Abrirán las Grandes Alamedas»

«Civiles y Militares. Chile Es Uno Solo»

Quiero terminar este ensayo trayendo dos frases que resuenan en la historia de Chile. Una es del presidente Salvador Allende hablándole a su pueblo ante el quiebre institucional y el ataque a la Moneda. Otra es el llamado del presidente Patricio Aylwin tras recuperar la democracia, emplazando a dar un paso mirando al futuro y reconocernos en nuestras diferencias como ciudadanos de un solo país.

Inicié mis reflexiones recordando que ya se completaron las múltiples actividades de conmemoración de los 50 años del golpe cívico militar. Contrario a las expectativas de muchos de nosotros, pareciera que se profundizaron las heridas y las diferencias. Los partidos políticos no lograron consensuar transversalmente una declaración en favor del cuidado de

la democracia, probablemente no por no estar de acuerdo con ello, sino por la incapacidad de construir un gesto político común en un ambiente de polarización y dificultad de generar acuerdos, a diferencia de lo sucedido con los expresidentes Eduardo Frei Ruiz-Tagle, Ricardo Lagos, Michelle Bachelet, Sebastián Piñera y el actual presidente Gabriel Boric. El texto intitolado «Por la democracia siempre» explicita un compromiso con estatura de Estado para resolver los problemas de la democracia con más democracia, condenar la violencia, fomentar el diálogo y la solución pacífica de las diferencias. Se refiere a proteger la democracia de lo que denomina amenazas civilizatorias, como la intolerancia y el menosprecio por la opinión del otro. Se suscribe de la mano de quienes han tenido que enfrentar en sus administraciones fuertes crisis económicas y sociales, la crítica a veces destemplada de los opositores, pero también quienes han podido encabezar con sus propios sellos avances sustantivos en políticas públicas y han podido mirar con sana distancia sus propias conducciones y los aprendizajes de aciertos y errores.

Cabe preguntar a todos aquellos que tienen espacios de conducción, opinión y liderazgo cómo hace eco tal acuerdo en nuestras prácticas cotidianas y en nuestra forma de conducir la política. Abrir las Grandes Alamedas implica poner a quienes habitan en nuestra patria como prioridad, forzando con ello a desdibujar límites ideológicos que muchas veces nos frenan con fronteras que suelen ser artificiales, sobre todo cuando es el bienestar de las personas lo que da sentido a la política.

Estamos en un momento de desconfianza de la ciudadanía, de nuevos escándalos de corrupción en política que minan la credibilidad de las instituciones y *ad portas* de terminar el segundo intento por contar con una carta de navegación común, una nueva Constitución construida en democracia. Sin embargo, a pocos meses de terminar el proceso constituyente, las encuestas nos muestran la preferencia de los grupos por el rechazo. Aprender de las duras experiencias del pasado requiere necesariamente llevar a buen término el segundo esfuerzo constitucional. Hay que recordar que, en el primero, fue la ciudadanía la que dijo con amplia mayoría que no quería textos refundacionales que no representaran acuerdos mayoritarios. Espero que la próxima edición permita señalar que se aprendieron las lecciones y que la propuesta constitucional final que se someta al escrutinio de la ciudadanía

refleje un acuerdo donde los sectores mayoritarios, hoy de extrema derecha, cedan, al igual que el resto de los actores mandatados, para hacerse cargo de un país donde todos y todas, «civiles y militares», de derecha, centro o izquierda, de gobierno u oposición, acordamos las bases que den estabilidad a un país más próspero, que enfrenta las desigualdades como un imperativo ético y que fortalece su institucionalidad y democracia.